

CAPÍTULO IV

Dolores la Escandalosa.—Las engañifas del Pastiri.—Dulce salvajismo.—Un modesto robo en despoblado.

Después de una semana pasada al sereno, un día Manuel se decidió á reunirse con Vidal y el Bizco y á lanzarse á la vida maleante.

Preguntó por sus amigos en los ventorros de la carretera de Andalucía, en la Llorosa, en las Injurias, y un compinche del Bizco, que se llamaba el Chungui, le dijo que el Bizco paraba en las Cambroneras, en casa de una mujer ladrona de fama, conocida por Dolores la Escandalosa.

Fué Manuel á las Cambroneras, preguntó por la Dolores y le indicaron una puerta en un patio habitado por gitanos.

Llamó Manuel, pero la Dolores no quiso abrir la puerta; luego, con las explicaciones que le dió el muchacho, le dejó entrar.

La casa de la Escandalosa consistía en un cuarto de unos tres metros en cuadro; en el fondo se veía una cama donde dormía vestido el Bizco, á un lado una especie de hornacina con su chimenea y un fogón pequeño. Además ocu-

paban el cuarto una mesa, un baúl, un vasar blanco con platos y pucheros de barro y una palomilla de pino con un quinqué de petróleo encima.

La Dolores era una mujer de cincuenta años próximamente; vestía traje negro, un pañuelo rojo atado como una venda á la frente y otro de color obscuro por encima.

Llamó Manuel al Bizco y, cuando éste se despertó, le preguntó por Vidal.

—Ahora vendrá—dijo el Bizco—, luego, dirigiéndose á la vieja, gritó: —Tráeme las botas, tú.

La Dolores no hizo pronto el mandado, y el Bizco, por alarde para demostrar el dominio que tenía sobre ella, le dió una bofetada.

La mujer no chistó; Manuel miró al Bizco fríamente con disgusto; el otro desvió la vista de un modo huraño.

—¿Quieres almorzar?—le preguntó el Bizco á Manuel cuando se hubo levantado.

—Si das algo bueno...

La Dolores sacó la sartén del fuego llena de pedazos de carne y de patatas.

—No os tratáis poco bien—murmuró Manuel—á quien el hambre hacía profundamente cínico.

—Nos dan fiado en la casquería—dijo la Dolores—para explicar la abundancia de carne.

—¡Si tú y yo no afanáramos por ahí—saltó

el Bizco dirigiéndose á la vieja—lo que comiéramos nosotros!

La mujer sonrió modestamente. Acabaron con el almuerzo y la Dolores sacó una botella de vino.

—Esta mujer—dijo el Bizco—ahí donde la ves, no hay otra como ella. Enséñale lo que tenemos en el rincón.

—Ahora no, hombre.

—¿Por qué no?

—¿Si viene alguno?

—Echo el cerrojo.

—Bueno.

Cerró la puerta el Bizco, la Dolores empujó la cama al centro del cuarto, se acercó á la pared, despegó un trozo de tela rebozado de cal, de una vara en cuadro, y apareció un boquete lleno de cintas, cordones, puntillas y otros objetos de pasamanería.

—¿Eh?—dijo el Bizco—pues todo esto lo ha afanado ella.

—Aquí debéis de tener mucho dinero.

—Sí; algo hay—contestó la Dolores—. Luego dejó caer el trozo de tela que tapaba la excavación de la pared, lo sujetó y colocó delante la cama. El Bizco recorrió el cerrojo. Al poco rato llamaban en la puerta.

—Debe ser Vidal—dijo el Bizco—y añadió en voz baja dirigiéndose á Manuel—. Oye, tú, á éste no le digas nada.

Entró Vidal con su aire desenvuelto, celebró la llegada de Manuel y los tres camaradas salieron á la calle.

—¿Vais á barbear por ahí?—preguntó la vieja.

—Sí.

—A ver si no vienes tarde, ¿eh?—añadió la Dolores dirigiéndose al Bizco.

Este no se dignó contestar á la recomendación.

Salieron los tres á la glorieta del puente de Toledo; allí cerca tomaron una copa, en el cajón del Garatusa, un licenciado de presidio protector de descuideros, no sin su interés y su cuenta, y luego, por el paseo de los Ocho Hilos, salieron á la ronda de Toledo.

Como domingo, los alrededores del Rastro rebosaban gente.

A lo largo de la tapia de las Grandiosas Américas, en el espacio comprendido entre el Matadero y la Escuela de Veterinaria, una larga fila de vendedores ambulantes establecía sus reales.

Había algunos de éstos con trazas de mendigos, inmóviles, soñolientos, apoyados en la pared, contemplando con indiferencia sus géneros: cuadros viejos, cromos nuevos, libros, cosas inútiles, desportilladas, sucias, convencidos de que nadie mercaría lo que ellos mostraban al público. Otros gesticulaban, discu-

tían con los compradores; algunas viejas horribles y atezadas, con sombreros de paja grandes en la cabeza, las manos negras, los brazos en jarra, la desvergüenza pronta á surgir del labio, chillaban como cotorras.

Las gitanas de trajes abigarrados peinaban al sol á las gitanillas morenuchas y á los *churumbeles* de pelo negro y ojos grandes; una porción de vagos discurría gravemente, pordioseros envueltos en harapos, lisiados, lacrosos, clamaban, cantaban, se lamentaban y el público dominguero, buscador de gangas, iba y venía deteniéndose en este puesto, preguntando, husmeando, y la gente pasaba con el rostro inyectado por el calor del sol, un sol de primavera que cegaba al reflejar la blancura de creta de la tierra polvorienta, y brillaba y centelleaba con reflejos mil en los espejos rotos y en los cachivaches de metal, tirados y amontados en el suelo. Y para aumentar aquella baraúnda turbadora de voces y de gritos dos organillos llenaban el aire con el campanileo alegre de sus notas mezcladas y entrecruzadas.

Manuel, el Bizco y Vidal subieron á la cabecera del Rastro y volvieron á bajar. En la puerta de las Américas se encontraron con el Pastiri, que andaba husmeando por allí.

Al ver á Manuel y á los otros dos, el de las tres cartas se les acercó y les dijo:

—¿Vamos á tomar unas tintas?

—Vamos.

Entraron en una tasca de la Ronda. El Pastiri aquel día estaba solo, porque su compañero se había marchado al Escorial, y como no tenía quien le hiciera el paripé en el juego, no sacaba una perra. Si ellos querían tomar el papel de ganchos, para decidir á los curiosos á jugar, les daría una parte en las ganancias.

—¿Pregúntale cuánto?—dijo el Bizco á Vidal.

—No seas tonto.

El Pastiri explicó la cosa para que la entendiera el Bizco; la cuestión era apostar y decir en voz alta que ganaban, que él se encargaría de meter en ganas de jugar á los espectadores.

—Ya, ya sabemos lo que hay que hacer—dijo Vidal.

—¿Y aceptáis la *combi*?

—Sí, hombre.

Repartió el Pastiri tres pesetas por barba y salieron los cuatro de la taberna, atravesaron la Ronda y se metieron en el Rastro.

A veces se paraba el Pastiri creyendo tener algún tonto á la vista; el Bizco ó Manuel apuntaban; pero el que parecía tonto sonreía al notar la celada, ó pasaba indiferente, acostumbrado á presenciar aquella clase de timos.

De pronto vió venir el Pastiri un grupo de paletos con sombrero ancho y calzón corto.

—*Aluspiar*, que ahí vienen unos pardillos y puede caer algo—dijo, y se plantó delante de

los paletos con su tablita y sus cartas, y comenzó el juego.

El Bizco apuntó dos pesetas y ganó; Manuel hizo lo mismo y ganó también.

—Este hombre es un primo—dijo Vidal en voz alta y dirigiéndose al grupo de los campesinos—. ¿Pero han visto ustedes el dinero que está perdiendo?—añadió—. Aquel militar le ha ganado seis duros.

Uno de los paletos se acercó al oír esto, y viendo que Manuel y el Bizco ganaban, apostó una peseta y ganó. Los compañeros del paleta le aconsejaron que se retirara con su ganancia; pero la codicia pudo más en él y volviendo apostó dos pesetas y las perdió.

Vidal puso entonces un duro.

—Un machacante—dijo dando con la moneda en el suelo—. Acertó la carta y ganó.

El Pastiri hizo un gesto de fastidio.

Apostó el paleta otro duro y lo perdió; miró angustiado á sus paisanos, sacó otro duro y lo volvió á perder.

En aquel momento se acercó un guardia y se disolvió el grupo; al ver el movimiento de fuga del Pastiri, el paleta quiso sujetarle, agarrándole de la americana, pero el hombre dió un tirón y se escabulló por entre la gente.

Manuel, Vidal y el Bizco salieron por la plaza del Rastro á la calle de Embajadores.

El Bizco tenía cuatro pesetas, Manuel seis y Vidal catorce.

—¿Y qué le vamos á devolver á ese?—preguntó el Bizco.

—¿Devolver? Nada—contestó Vidal.

—Le vamos á *apandar* la ganancia del año—dijo Manuel.

—Bueno, que lo maten—replicó Vidal—. *Pa chasco* que nos fuéramos nosotros de rositas.

Era hora de almorzar, discutieron á dónde irían, y Vidal dispuso que ya que se encontraban en la calle de Embajadores, la Sociedad de los Tres en pleno siguiera hacia abajo hasta el merendero de la Manigua.

Se tuvo en cuenta la indicación y los socios pasaron toda la tarde del domingo hechos unos príncipes; Vidal estuvo espléndido, gastando el dinero del Pastiri, convidando á unas chicas y bailando á lo chulo.

A Manuel no le pareció tan mal el comienzo de la vida de golfería. De noche los tres socios, un poco cargados de vino, subieron por la calle de Embajadores, tomando después por la vía de circunvalación.

—¿Adónde iré yo á dormir?—preguntó Manuel.

—Ven á mi casa—le contestó Vidal.

Al acercarse á Casa Blanca, se separó el Bizco.

—Gracias á Dios que se va ese tío—murmuró Vidal.

—¿Estás reñido con él?

—Es un tío bestia. Vive con la Escandalosa, que es una vieja, zorra es verdad, que tiene lo menos sesenta años y gasta lo que roba con sus queridos; pero bueno, le alimenta y él debía considerarla; pues nada, anda siempre con ella á puntapiés y á puñetazos y la pincha con el puñal, y hasta una vez ha calentado un hierro y la ha querido quemar. Bueno que la quite el dinero; pero eso de quemarla, ¿para qué?

Llegaron á Casa Blanca, que era como una aldea pobre, de una calle sola; Vidal abrió con su llave una puerta; encendió un fósforo y subieron los dos á un cuarto estrecho con un colchón puesto sobre los ladrillos.

—Te tendrás que echar en el suelo—dijo Vidal—. Esta cama es la de mi chica.

—Bueno.

—Toma esto para la cabeza—y le arrojó una falda de mujer arrebujada.

Manuel apoyó allí la cabeza y quedó dormido. Se despertó á la madrugada. Se incorporó y se sentó en el suelo sin darse cuenta de dónde podía encontrarse. Entraba pálida claridad de un ventanuco. Vidal, tendido en el colchón, roncaba; á su lado dormía una muchacha, respirando con la boca abierta; grandes chafarri-
ones de pintura le surcaban las mejillas.

Manuel sentía el malestar de haber bebido demasiado el día anterior y un profundo abatimiento. Pensó seriamente en su vida:

—Yo no sirvo para esto—se dijo—; ni soy un salvaje como el Bizco, ni un desahogado como Vidal. ¿Y qué hacer?

Ideó mil cosas, la mayoría irrealizables; imaginó proyectos complicados. En su interior luchaban obscuramente la tendencia de su madre, de respeto á todo lo establecido, con su instinto antisocial de vagabundo, aumentado por su clase de vida.

—Vidal y el Bizco—se dijo—son más afortunados que yo; no tienen vacilaciones, ni re-
paros; se han lanzado...

Pensó que al final podían encontrar el palo ó el presidio, pero mientras tanto no sufrían, el uno por bestialidad, el otro por pereza, se abandonaban con tranquilidad á la corriente...

.....
A pesar de sus escrúpulos y remordimientos, el verano lo pasó Manuel protegido por el Bizco y Vidal, viviendo en Casa Blanca con su primo y la querida de éste, una muchacha vendedora de periódicos y buscona al mismo tiempo.

La Sociedad de los Tres funcionó por las Afueras y las Ventas, la Prosperidad y el barrio de Doña Carlota, el puente de Vallecas y los Cuatro Caminos, y si la existencia de esa

sociedad no llegó á sospecharse ni á pasar á los anales del crimen, fué porque sus fechorías se redujeron á modestos robos de los llamados por los profesionales al descuido.

No se contentaban los tres socios con espiigar en las afueras de Madrid: extendían su radio de acción á los pueblos próximos y á todos los sitios en general en donde se reuniera alguna gente.

Los mercados y las plazuelas eran lugares de prueba, porque el *descuido* podía ser de mayor cantidad, pero en cambio la policía andaba ojo avizor.

En general, los puntos más explotados por ellos eran los lavaderos.

Vidal, con su genuina listeza, convenció al Bizco de que él era quien poseía más condiciones para el afano; el otro, por vanidad, se lanzaba siempre á lo más peligroso, el coger la prenda, mientras Vidal y Manuel estaban á la husma.

Solía decir Vidal á Manuel, en el momento mismo del robo, cuando el Bizco se guardaba debajo de la chaqueta la sábana ó camisa:

—Si viene alguno no hagas una seña ni nada. Que lo cojan; nosotros callados, hechos unos *púas*, sin movernos; nos preguntan algo, nosotros no sabemos nada, ¿eh?

—Convenido.

Sábanas, camisas, mantas y otra porción de

ropas robadas por ellos las pulían en la ropavejería de la Ribera de Curtidores, adonde solía ir de visita Don Telmo. El amo, encargado ó lo que fuese, de la tienda, compraba todo lo que le llevaban los randas, á bajo precio.

Vigilaba esta ropavejería de peristas, de las asechanzas de algún polizonte torpe (los listos no se ocupaban de estas cosas), un hombre á quien llamaban el tío Pérquique. Este hombre se pasaba la vida paseándose por delante del establecimiento. Para disimular la guardia vendía cordones para las botas y géneros de saldo que le entregaban en la ropavejería.

En la primavera este hombre se ponía un gorro blanco de cocinero, y pregonaba unos pastelillos con una palabra que apenas pronunciaba y que se entretenía en cambiar constantemente. Unas veces la palabra parecía ser ¡Pérquique! ¡Pérquique!; pero inmediatamente cambiaba el sonido, se transformaba en ¡Pérqueque! ó en ¡Párquique!, y estas evoluciones fonéticas se alargaban hasta el infinito.

El origen de esta palabra Pérquique, que no se encuentra en el Diccionario, era el siguiente. Los pastelillos rellenos de crema que vendía el del gorro blanco los daba al precio de cinco céntimos y los voceaba ¡A perra chica! ¡A perra chica! De vocearlos perezosamente suprimió la A primera y convirtió en e las

otras dos, transformando su grito en ¡Perre chique! ¡Perre chique! Después Perre chique se convirtió en Pérquique.

El guardián de la ropavejería, hombre de carácter jovial, tenía la especialidad en los pregones, los matizaba artísticamente; iba de las notas agudas á las más graves, ó al contrario. Comenzaba, por ejemplo, en un tono muy alto gritando:

—¡Miren á real! ¡Miren á real! ¡Calcetines y medias á real! ¡Miren á real!—Luego bajaba el diapason y decía gravemente: —¡Chalequito de Bayona muy bonito!—Y por último, en voz de bajo profundo, añadía: —¡A cuatro perra *orda!*

El tío Pérquique conocía la Sociedad de los Tres y daba al Bizco y á Vidal algunos consejos.

Más seguro y mucho más productivo que el trato con los peristas de la ropavejería era el procedimiento de Dolores la Escandalosa, la cual vendía las cintas y encajes robados por ella á buhoneros que pagaban bien; pero los socios de la Sociedad de los Tres querían cobrar sus dividendos pronto.

Hecha la venta se iban los tres á una taberna del final del paseo de Embajadores, esquina al de las Delicias, que llamaban del Pico del Pañuelo.

Tenían los socios especial cuidado de no ro-

bar en el mismo sitio y de no presentarse juntos por aquellos parajes en donde había temor de una vigilancia molesta.

Algunos días, muy pocos, que la rapiña no dió resultado, se vieron los tres socios obligados, á trabajar en el Campillo del Mundo Nuevo, esparciendo montones de lana y recogiéndola después de aireada y seca con unos rastillos.

Otro de los medios de subsistencia de la Sociedad era la caza del gato. El Bizco, que no atesoraba ningún talento, su cabeza, según frase de Vidal, era un melón salado, poseía en cambio uno grandísimo para coger gatos. Con un saco y una vara se las arreglaba admirablemente. Bicho que veía, á los pocos instantes había caído.

Los socios no distinguían de gato flaco ó tísico, ni de gata embarazada; todos los que caían se devoraban con idéntico apetito. Se vendían las pieles en el Rastro, el tabernero del Pico del Pañuelo fiaba el vino y el pan, cuando no había fondos con qué pagarlos, y la Sociedad se entregaba al sardanapalesco festín...

Una tarde de Agosto, Vidal, que había estado merendando en las Ventas con su prójima el día anterior, expuso ante sus socios y compañeros el proyecto de asaltar una casa abandonada del camino del Este.